

El esencial

Un perfil por Saúl Franco Agudelo

Hace siete años la ciudad lloraba a otro de sus mártires. Un crimen que nos dejó sin este apóstol de la medicina y los derechos humanos



En Héctor Abad Gómez la salud pública no fue sólo una profesión o un empleo. Ni menos aún un negocio. Fue su manera de vivir. Expresaba la sintonía entre su ser individual y su entorno. Entre su paquete biológico y su mundo social. Entre su vocación y su deseo. No la aprendió de afuera hacia adentro. La vivió en un movimiento permanente de dentro hacia fuera y de afuera hacia adentro. La enseñaba con palabras y con hechos, en salones y en la calle, administrando y dirigiendo, investigando y actuando. Era una de sus vidas, porque vivía intensamente muchas otras vidas. Era una de sus pasiones, porque fue un apasionado de todo lo que quería y hacía. Era su clima y su medio. Su forma casi natural de aproximarse a la realidad. Por todo esto y por

mucho más no dudo en calificarlo como un salubrista esencial.

En resumen, Abad fue un luchador por la vida. Y la salud pública fue una de sus armas favoritas. El horizonte máximo de la salud es la vida. Y la defensa de la vida, de sus condiciones de posibilidad, de su calidad y de la convivencia es la principal tarea de la sociedad en su conjunto y de cada individuo en particular.

No defendía la vida sólo en el discurso. Hacía salud pública defendiendo la vida sana, con agua y leche limpias. Por eso sus denuncias germinales en *U-235*, periódico universitario que fundó en la facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia el 24 de agosto de 1945; y por eso sus debates en las corporaciones públicas de Antioquia.

Quería como salubrista una vida sin parásitos ni microorganismos nocivos. Por eso luchó en la campaña de desparasitación en el municipio de Santo Domingo, Antioquia; en el enfrentamiento de la fiebre amarilla en el Putumayo y en la riesgosa y precoz vacunación masiva contra la poliomielitis en el municipio de Andes, también en Antioquia. No sólo salud pública para sanear ambientes físicos y prevenir enfermedades. Quería la vida con educación, vivienda, empleo y alimentación adecuadas para todos. Por eso trabajó en el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria, y promovió la modalidad organizativa de la Acción Comunal, y apoyó a Futuro para la Niñez. Avanzó con su salud pública hacia la defensa de la vida social, de la vida en colectivo, organizada y participativa. Por eso presidió, organizó y apoyó asociaciones profesionales y gremiales. Y culminó su salud pública defendiendo la convivencia ciudadana y la tolerancia bajo las banderas de los derechos humanos. Por eso se vinculó al Comité por la defensa de los Derechos Humanos. Por eso alzó su voz por los que no la tenían para denunciar y acusar.

De la lucha por la sobrevivencia avanzaba a la lucha por la convivencia. Del trabajo en el campo de la vida individual al trabajo en la colectividad. De la vacunación a la organización. Del discurso a la práctica. Del análisis a la denuncia. De la denuncia a la lucha. Y de esta a la muerte. Fue su salud pública, la de la vida.

Hoy, cuando se reconoce a nivel continental una crisis general de salud pública, se acepta que su recuperación pasa por retomar este norte y objetivo supremo de la defensa de la vida. Se va creando consenso en que el futuro de la salud pública pasa por su capacidad de volverse a enamorar de la vida humana y por convertirla en su idea fuerza y su razón última. Y en esto, como en muchas otras cosas, Abad no sólo fue un visionario sino también un testimonio vivo. Tan vivo antes como después de su muerte hace ahora siete años.

Para el profesor Abad la salud pública era un saber. Un saber de la vida, de la sociedad, del poder, de la organización y las instituciones, del acontecer colectivo, de la enfermedad y la muerte. Por tanto, ni sólo médico, ni sólo cuantitativo, ni sólo bionatural. Era un saber múltiple, teórico y práctico, transdisciplinar y multiprofesional. Requería de la matemática y de la estadística –de la que fue profesor en sus primeros años de docencia– pero

las sobrepasaba. Necesitaba de la sociología y de la antropología –que también enseñó– pero no se limitaba a ellas. Se basaba en la epidemiología –él fue uno de los primeros epidemiólogos, especie por entonces rara entre nosotros–, pero entendía que a partir de ella el trabajo apenas empezaba. Suponía la economía política y la historia. Se enriquecía en el arte, se expresaba en la música, se hacía mensaje en la poesía. Por eso sus íntimos, más que médicos, lo fueron –entre otros– Carlos Saavedra, Arenas Betancur y Mejía Vallejo, su paisano. Y por eso la compañía de un poema en el bolsillo de su saco al momento del asesinato: “Ya somos el olvido que seremos...”.

Un saber así requería de bases sólidas. Las adquirió en la Facultad en donde se graduó de Médico el 19 de abril (¿sólo azar?) de 1947, y en el postgrado en Salud Pública Internacional en Mineápolis. Y las desarrolló a lo largo de toda su vida pues, a más de maestro, fue siempre un estudiante, un aprendiz con ganas insaciables de saber siempre más, de investigar más.

Un saber así era también difícilmente aceptable y asimilable por el saber médico convencional, de rígidas fronteras y poder excluyente. Por eso lo subvaloraron y persiguieron los que él llamaba las “vacas sagradas” de la medicina paisa. Y por eso tuvo fuerza para avanzar hacia lo que consideraba un nuevo saber, hijo de la salud pública y nieto de la medicina, según su propio símil. Ese nuevo saber sería la poliatria, la ciencia del bienestar humano. Si bien le dedicó trabajo y una publicación, la poliatria necesitaba más de lo que pudo darle y, como se dijo antes, no alcanzó a echar raíces.

Pero para él la salud pública no era sólo un saber. Era, sobre todo, un hacer. Un hacer social. Un hacer colectivo. Una línea sostenida de acciones, organizaciones, servicios, decisiones y ensayos. Por eso las campañas ya anotadas. Por eso la Jefatura del Departamento de Medicina Preventiva de su Facultad desde 1956 casi hasta su muerte. Y por eso la idea y la realidad de las Promotoras Rurales de Salud. Al respecto, vale la pena un comentario. La Promoción de la salud es una antigua idea de la salud pública que hoy renace, está de moda y la presentan algunos como la panacea del futuro. También en esto, pero sin lo de panacea, Abad se anticipó. Y no se quedó en la idea, sino que, a raíz de lo que observó en Méjico, la concretó, le dio un instrumento eficaz: las Promotoras Rurales de Salud. Las empezó a formar en 1968, siendo ministro de salud otro quijote de la

salud pública de este país: Antonio Ordóñez Plaja, se les da reconocimiento académico y administrativo y se intenta extenderlas a todo el territorio nacional. Y a los veinticinco años de iniciado el trabajo, llegan a la cantidad no despreciable de 5 mil, “mis cinco mil novias” como las llamó en el enamorado artículo periodístico del 23 de agosto de 1981. No sólo Promotoras Rurales. También Salubristas. En 1964 fundó la Escuela Nacional de Salud Pública, proyecto conjunto entre el Ministerio de Salud y la Universidad de Antioquia Fue su primer director, su orientador original. En el camino, la relación del Maestro y su Escuela fue turbulenta. Él se reconocía también, desde Asia lo explicitó en más de una carta, como creador de antiescuela. No se asustaba en consecuencia cuando sus discípulos, yo por suerte entre ellos, lo enfrentábamos y atacábamos. O cuando los ritmos y directrices de su Escuela eran distintos de los suyos. Terminó por sentir más próximo su Departamento de Medicina Preventiva de la Universidad de Antioquia, al que volvía siempre. No así a la Escuela. Hoy, como Facultad, la Escuela lleva su nombre, y, ojalá, más que el nombre, lleve adelante lo mejor de su mensaje. Sigue necesitando con urgencia la salud pública reajustes en su referencial conceptual, en su científicidad y en sus prácticas.

Debe estar más cerca de los escenarios de la vida cotidiana de la sociedad y menos pegada exclusiva y nostálgicamente al medio hospitalario. Debe fortalecer su rigor matemático, pero no puede seguir mirando con desprecio los esenciales aportes de las ciencias humanas y sociales. No puede olvidarse de la enfermedad, pero tiene que adentrarse mucho más en los arcanos de la vida, en las positivities de la salud y en los misterios de la muerte. Más ciencia, nuevas prácticas, más espacios. Y mucha, muchísima más vida.

Nieto de agricultores de Jericó, asimiló que el campo de la salud era también un campo de siembras y cultivos, de abonos y cosechas. De muchas siembras y de muy pocas cosechas.

Abad fue también, en síntesis, un sembrador. De ideas y dudas, de sueños y experiencias, de amores –lo que sabe muy bien doña Cecilia, su amor y compañera inseparable desde el 16 de septiembre de 1950 hasta siempre– de hijos, nietos y rosas.

Como sembrador de dudas y de ideas lo reconocemos como maestro, uno

de los oficios que más amó y que mejor supo desempeñar. Como sembrador de hijos y de nietos lo reconocen como padre y abuelo quienes tuvieron la dicha y el orgullo inagotable de serlo. Como sembrador de proyectos y de acciones lo reconocemos como gerente, dirigente, vicedecano o jefe de todas las empresas e instituciones que le dieron la oportunidad de serlo.

Era un sembrador. Lo sabía él desde cuando participó en el colegio de Sevilla, en el Valle del Cauca, en la redacción de *Simiente*, su primer periódico estudiantil. Cuando en la década del cuarenta sacudió a la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia con su explosivo U-235. O cuando al empezar los ochenta ayudó a refrescar la misma Facultad con *Viento Nuevo*, la última revista estudiantil en la que comprometió su nombre y su tiempo.

Sabía que para sembrar había que remover la superficie, abonar y hundir fuerte el azadón en la entraña de la tierra. Sólo así la semilla penetra y se protege. Por eso sintió el grito de la reacción de los sectores más conservadores de su Antioquia y soportó los embates muy poco católicos de *La hora católica*.

Entendía que la cultura es un territorio de cultivo de la diversidad; de explicaciones y representaciones diversas sobre las realidades con las que se convive o se sueña; de comportamientos, valores y expectativas diferentes. Lo llevó al campo de la salud y defendió la necesidad de entender el entorno del enfermo y de las enfermedades; de respetar creencias y prácticas populares frente a la enfermedad y la muerte, no canonizadas por el saber convencional; de cuidar la salud como una rosa –su flor preferida que cultivaba en su finca– y la vida como la mayor riqueza. Sin proponérselo fue un agricultor de lo que hoy llamamos “nueva cultura de la vida y la salud”.

Uno siempre siembra, dijo él. El sembrador siempre nace, le dije yo cuando hace años se jubiló como profesor de nuestra Facultad de Medicina y como hoy se lo repetimos todos al verlo nacer y renacer cada día en tantas partes.

Buen sembrador. Pero mal cultivador y pésimo cosechador. De tanto sembrar, o no le alcanzó la vida o le preocupó menos cosechar. Por eso algunos proyectos quedaron huérfanos o inconclusos. Por eso algunas ideas

–poliatría y mesoísmo, por ejemplo– no tuvieron los desarrollos que le hubieran permitido mayor densidad y utilidad. Por eso algunas experiencias no germinaron como él lo soñó.

La crisis actual de la salud pública pasa también por la pérdida de su potencia seminal. La histórica primacía del academicismo y el burocratismo la ha alejado de su tarea de fermento, de su campo de siembras y cosechas. Hoy siembra poco. Casi no cava. Repite mucho y casi no interroga. Acepta rápido y se inclina y se deslumbra fácil. Se cree muy científica, eficiente y gerencial. No siempre sabe valorar y asumir su papel transformador, interrogador, confrontador. Su futuro también tendrá que ver con su capacidad para recargarse de ideas y preguntas, de dudas y proyectos, de energía vital.

La salud pública del futuro será también una nueva agricultura de la vida y de la salud. Tendrá nuevos campos y semillas, agricultores y abonos mejor balanceados y, ojalá, mejores cosechas.

Abad Gómez se autodefinió también como un activista político-social. Al igual que Virchow un siglo antes, entendió que la política era medicina a gran escala. Y así la ejerció. No como politiquería, además, sino como interpretación y canalización de la voluntad colectiva hacia la solución de las necesidades sociales. De hecho en política partidista no le fue bien. La de derecha lo consideraba demasiado de izquierda, y la de izquierda desconfiaba de sus afinidades con la derecha. Esto, es un país en el que la filiación partidista cuenta tanto en la distribución del poder burocrático, puede explicar en parte por qué un hombre de su talla y de sus capacidades nunca fue decano, ni rector, ni alcalde, ni ministro. En realidad sólo tuvo cargos de mediano calibre. En cambio, en los campos en los que el poder lo confiere el liderazgo, las ideas, la lealtad y las convicciones, estaba siempre en la primera fila.

Apenas recibía su título de médico y ya estaba entrando en el campo de las decisiones políticas de la salud pública regional. Muy poco después está ya en el nivel nacional enfrentando epidemias, impulsando vacunaciones o redactando proyectos de ley, como el del año del servicio social obligatorio aprobado en 1948. Un poco más adelante lo encontramos ya en foros y con organismos internacionales y mundiales comunicando experiencias locales, discutiendo proyectos innovadores y, como siempre, aprendiendo polemizando.

Sin perder el polo a tierra, trabajaba al mismo tiempo en una de las modalidades participativas de entonces, la Acción Comunal, visitaba los distritos de riego de la reforma agraria, iba a donde otros no iban, tenía tiempo para oír a los que nadie oye.

Militó sin descanso –¡y a qué precio!– en un partido: el de los derechos humanos.

Desde allí pudo enterarse de muchas verdades no oficiales, de muchas violaciones a todos los derechos, de muchos violadores con antifaz de defensores de derechos.

Fue una militancia que lo llevó de vereda en vereda, de riesgo en riesgo, de dolor en dolor. Incapaz de otorgar con el silencio, habló, batalló, denunció. “Yo acuso” fue uno de sus más vibrantes y valientes artículos periodísticos, publicado en el periódico El Mundo, de Medellín, el 4 de agosto de 1979. Es posible que por acusar lo hayan acusado y que por hablar así hayan ido decidiendo silenciarlo.

No sólo denunció. Padeció la violencia, todas las violencias. Cinco de sus compañeros más próximos fueron asesinados en Sevilla en su primera juventud. Le golpeó cerca la violencia política desatada en 1950. Lo vimos enfrentar la violencia policial contra marchas pacíficas en defensa del Hospital o de otras causas universitarias. Y estudió la violencia. La consideró una expresión de desigualdades, un síntoma de profundas enfermedades sociales y una realidad culturalmente creada, en ocasiones necesaria al organismo social. Fue el pionero solitario de los estudios de epidemiología de la violencia al empezar la década de los sesenta. La estudió e invitó a estudiarla. Le hicimos caso demasiado tarde. La presunta neutralidad política de la salud pública en nombre de la objetividad y la racionalidad científico-técnica ha contribuido, sin duda, a su distanciamiento de muchas realidades y causas que le son esenciales. Y en lugar de neutral ha devenido cómplice, ajena, insípida. No es que deba politizarse coyuntural y subjetivamente. Es que la salud pública es, por esencia, política.

Las más recientes declaraciones sobre el tema –la Declaración de Quito, de septiembre 1993, por ejemplo– señalaban como tarea fundamental para revitalizar y reencauzar la salud pública en América Latina la recuperación de su entidad y de su compromiso político. Esta tarea no es exclusiva de los

salubristas de escuela. Ni sólo de los reconocidos y remunerados como tales. Lo es de todos los que en el arte o en la política, en la ciencia o en la técnica, en la calle o en las instituciones, luchan por la vida, trabajan como agricultores de la convivencia y el bienestar colectivo, construyen saberes y prácticas para mejorar la salud y prevenir enfermedades, y se arriesgan a hacer de la política no una maquinaria para multiplicar sus intereses sino un instrumento para demandar y ejercer el poder en la búsqueda de solución a las necesidades sociales.

Que fue lo vivido y lo enseñado por Héctor Abad Gómez con su vida. Y su muerte.

SAÚL FRANCO AGUDELO. Médico salubrista, discípulo de Héctor Abad Gómez, trabaja en la Organización Mundial de la Salud.

Agosto de 1994